

## PRÓLOGO

La teología cristiana tiene relevancia porque existe la cruz de Jesús. Pero el cristiano no tiene derecho a decidir en qué sentido esta relevancia debe estructurarse. De por sí, la cruz de Jesús es un evento trágico a nivel histórico que ciertamente afectó profundamente a los discípulos de Jesús. Pero esta afectación no llevó a Pedro, Pablo y Juan, y de hecho, a la teología de la iglesia primitiva, a articular una relevancia ficticia de aquel evento. Cuando uno revisa la historia de la teología del siglo XX, uno se da cuenta que mucho de ella, –de esa que hoy goza de popularidad y prestigio–, es el resultado del trauma que causó principalmente la segunda guerra mundial. Con frecuencia se oye decir que la teología después de Auschwitz –el infame campo de concentración nazi con sus pasmosas atrocidades causadas por el hombre moderno hacia su prójimo– no puede ser igual a la teología primitiva y medieval. Esta teología debe reflejar conciencia del mal, del pecado social, de las veces en que la teología tradicional ha sido cómplice y hasta perpetradora de tanto dolor y sufrimiento humano. Ella debe ser parte del proceso por el cual estos horribles eventos no sólo no se repitan, sino que sus causas sean también erradicadas. Con esto último, no creo que nadie que sea genuinamente cristiano podría estar en desacuerdo. El problema, sin embargo, es que muchas veces, tratando de construir una teodicea en la que la justicia del Dios de Jesucristo sea vindicada, se ha querido trastocar la identidad y el significado de aquella cruz de Jesús. Se ha afirmado a veces en claros términos “harnackianos” (Adolf Harnack), que la teología de la cruz

de la historia de la iglesia, es un abandono de lo más original de aquel evento. Por lo mismo, hay necesidad de volver a lo más “histórico” de ella, se nos dice, que casi siempre termina siendo una versión de la cruz de acuerdo a criterios que, lejos de ser históricos, dependen más de la ideología del teólogo.

Latinoamérica ha sido testigo de una multitud de esos proyectos, y consecuentemente, no sólo han sufrido los seres humanos, sino también la teología y la misión de la iglesia (¡y Dios!). Hoy estamos en condiciones iguales o peores que hace 30 años, cuando muchas de estas propuestas vieron su desarrollo y popularidad. La violencia ha crecido a pasos agigantados. Mi país, el mismo del escritor de este libro, El Salvador, se ha convertido en uno de los más violentos del mundo. La sangre corre por nuestras calles de manera incontenible y caótica. Desde mi perspectiva, esto es consecuencia, entre otras cosas, no sólo de la maldad genérica y social de nuestro pueblo. También es resultado de un particular discurso de la cruz de Jesús. Muchas veces, el evento de hace dos mil años se ha convertido en lo que justifica y motiva la proliferación de miles de otras cruces. Parece que para muchos “bajar de la cruz” a Jesús, o a “los crucificados de la historia”, ha significado también, aunque sea subrepticamente, el crucificar al enemigo, sea este ideológico, religioso, racial, etc. Por esto mismo, se requiere volver a la verdadera cruz de Jesús. Esto no es fácil. Frecuentemente hacemos una de dos cosas: O nos volvemos a una ortodoxia irreflexiva y por eso anti-bíblica, que no responde a necesidades y preguntas de nuestro contexto; o por otro lado, nos vamos al otro extremo, en donde nuestras experiencias se vuelven la esencia de nuestra fe. En ambos casos, la cruz de Jesús se sigue deformando.

Sin embargo, gracias a la providencia del Señor, desde hace ya algunos años, varios eruditos protestantes de varias geografías se han dado a la tarea de trabajar este asunto de manera extendida y profunda. Aunque trabajando de manera independiente, y en diferentes áreas, han llegado a conclusiones bastantes parecidas en cuanto a la naturaleza de la fe de la iglesia primitiva. Los más conocidos para mí

han sido los trabajos de Gordon Fee, exégeta y comentarista prolífico del Nuevo Testamento que desde su trasfondo pentecostal, ha producido obras de análisis textual cuya riqueza es indiscutible.

N.T. Wright no necesita introducción de ninguna clase. Su especialidad también es el Nuevo Testamento, aunque su labor de investigación ha sido más conocida por su innovadora obra relacionada con el Jesús histórico en múltiples volúmenes. En términos de la investigación histórica sobre los orígenes del Cristianismo, hoy por hoy, Wright es la autoridad académica a estudiar.

Larry Hurtado, profesor en Inglaterra, ha sido reconocido por sus comentarios bíblicos y también por su labor de investigación histórica sobre la adoración de la iglesia primitiva. Según Hurtado, el origen de la fe en la deidad de Jesús se encuentra en la adoración de Jesús como Señor.

Otro académico de primer orden es Richard Bauckham, cuyas investigaciones de carácter bíblico, filológico, histórico y teológico alcanzan no sólo cifras impresionantes, sino una profundidad y precisión inestimable, ampliamente reconocida. Entre los teólogos evangélicos, ninguno mejor conoce la obra de Jürgen Moltmann, habiendo escrito muchas obras acerca de la teología de éste autor. En cuanto a su aporte teológico, Bauckham afirma en sus libros sobre el monoteísmo judío y la cristología. Además, que la alta cristología de la iglesia cristiana no es el resultado de muchos años de evolución teológica, o de la intromisión de la metafísica griega en la teología de los padres de la iglesia. Más bien, se encuentra ya en los estratos de la más temprana teología cristiana. Bauckham cree que la manera de entender en términos de naturaleza o substancia la cuestión entre Dios y Jesús es inadecuada. Es mejor definirla en términos de “identidad,” categoría más cercana de la naturaleza del monoteísmo judío del primer siglo. Dios no es un qué (naturaleza), es más bien un quién (identidad). Las características de esta identidad, que son únicas a Dios por su posición como Creador y Señor, y que lo distinguen de cualquier otro ser angelical o humano, son compartidas por Jesús, como lo demuestra la evidencia aun en sus más tempranas etapas.

Lo mencionado anteriormente quizá pueda darnos una idea de cuánta importancia reviste el estudio de estos eruditos.

El presente trabajo –de mi amigo, el licenciado Corpeño–, estudia a N.T. Wright y a Richard Bauckham en unas de las áreas jugosas de su erudición, más relevantes en nuestra América Latina, y más crítica para el avance de la teología evangélica en estas geografías: la interpretación de la cruz de Jesús. Siendo esta la publicación de su tesis de maestría en teología del Seminario Teológico Centroamericano, y habiendo yo tenido el privilegio de ayudar en el proceso de su producción, puedo recomendar plenamente su lectura y análisis. Me consta el trabajo colocado en la articulación de la tesis, y ahora, colocada en un formato más legible, me parece que debe leerse con ojos abiertos, poniendo atención a aquellas áreas que seguramente servirán para el avance de la teología latinoamericana. No tengo duda de que este trabajo nos ayudará en el proceso de ser fieles a la revelación de Dios en la Escritura, fieles a nuestra identidad evangélica, y fieles a la realidad en la que servimos.

Junto con el licenciado Gerardo Corpeño queremos que la cruz de Cristo reciba el lugar que debe tener en nuestra teología; que la cruz de Cristo no sea el lugar donde se oculten y resguarden nuestros proyectos humanos, o la ideología de moda; que la cruz de Cristo sea la esencia y la crítica genuina de toda nuestra realidad y teología, porque solo así la cruz de Jesús será capaz de proveer la liberación integral que tanto necesitamos.

Gerardo A. Alfaro  
Profesor de Teología Sistemática  
Southwestern Baptist Theological Seminary